

Barcelona

Anna Pazos

Colección ¡BUEN VIAJE!, 4

© L'arbre qui marche, 2025

Publicado originalmente en Francia por L'arbre qui marche
bajo el título de *Barcelone*

© del texto original y la versión castellana, Anna Pazos, 2025

© de esta edición, Festina Lente Ediciones, SLU, 2026

Todos los derechos reservados

La edición de esta obra ha dispuesto de una ayuda del Institut Ramon Llull.



Primera edición: mayo, 2026

Publicado por LÍNEA DEL HORIZONTE

C/ Mesón de Paredes, 73, 28012 (Madrid, España)

www.lineadelhorizonte.com

Coordinación editorial: Miguel S. Salas

Corrección: Luis Porras Vila

Diseño gráfico y de cubierta: Sébastien Jenger – Primo&Primo

Diseño de interiores: Nord Compo

Ilustración de cubierta: *Fachada de la Casa Batlló*

Infografía: Lætitia Perotin – Primo&Primo

Diseño de mapas: Nicolas Jan

Retrato de la autora: Iris Hatzfeld

ISBN: 978-84-129013-7-5 | Thema: WTL, 1DSE-ES-JAA

Depósito legal: M-3435-2026



Imprime: Estugraf | Impreso en España

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia prima proviene de una gestión forestal sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com

Barcelona

Anna Pazos

Versión castellana de la autora



Introducción

Hasta ponerme a escribir este libro nunca me había planteado entrar en la Sagrada Familia. Como tantos barceloneses, sentía una reticencia extrema respecto al monumento más visitado de mi ciudad. En mi caso la falta era especialmente flagrante. Llevaba más de un año viviendo a solo una calle de la basílica. Desde la galería de mi piso de alquiler veía en primerísimo plano sus torres en construcción, forradas de andamios e intrincadas redes de protección. Mientras en la calle miles de turistas se hacían selfis frente a la fachada del Nacimiento, culminando un largo peregrinaje en crucero o avión, yo observaba el progreso de las obras mientras tendía la ropa o regaba las plantas. La veía desde el sofá, desde el comedor, desde la cama; era una mole ineludible que invadía los sentidos. Las melodías del carillón resonaban por casa cada hora en punto, de nueve a nueve, y daban forma a mi rutina. Me despertaba cada mañana con el himno de infancia *Sol, solet, vine'm a veure que tinc fred*,¹

1 Sol, solecito, ven a verme que tengo frío.

y cada mediodía me alteraba el cuestionable *El senyor Ramon empaita les criades*.² La mejor época era diciembre: entonces se instauraba el monopolio de los villancicos, que remitían a la maravilla infantil de un mundo por descubrir.

En otro momento ya había tenido contacto diario con una obra insigne de Gaudí. En mi primer año de universidad trabajé de azafata en la Casa Milà, alias La Pedrera, el edificio de fachada ondulada que corona el Paseo de Gràcia. Allí daba la bienvenida a los visitantes con una fórmula robótica en catalán, castellano e inglés, y apretaba el botón del ascensor para que subieran a ver la azotea y el apartamento-exposición. Las horas eran interminables; el aburrimiento, aplastante; repasaba amores, ambiciones y obsesiones diversas hasta que los pensamientos se volvían psicodélicos. Si tenía suerte me dejaban subir un rato a la azotea, la posición más preciada y generalmente reservada a las azafatas veteranas. Allí rompía la monotonía paseando entre chimeneas retorcidas, los guardianes de piedra en la que se basó George Lucas para la figura de Darth Vader. De vez en cuando me preguntaban por alguna iglesia cuyo ábside asomaba en el horizonte, y yo improvisaba algún nombre que sonara convincente: «Es la iglesia de la Virgen del Remedio». Por lo general no conocía demasiado Barcelona. Hasta la adolescencia viví en un suburbio cercano, y en la ciudad podía ubicar sobre todo plazas donde beber al aire libre,

2 El señor Ramón acosa a las criadas.

casas okupas y antros inmundos donde aún se fumaba hasta la madrugada. Pero mis invenciones solían satisfacer a los visitantes, encantados con las vistas, que parecían apreciar la excelencia singular que nos rodeaba mucho más que yo.

Cualquier barcelonés puede contar alguna experiencia laboral similar. Rememoraré un verano de adolescencia pescando clientes para un *tour* en catamarán en el Port Vell, o paseando familias en tuctuc por el Gòtic, o sirviendo helados frente a la iglesia de Santa María del Mar. Es inevitable en una ciudad pequeña —1,6 millones de habitantes en 2023— que ha llegado a recibir a 28 millones de turistas en un solo año (cifra récord obtenida el prepandémico 2019). La disyuntiva es inescapable: cuanto más conocidas son la idoneidad del clima, la gracia de la arquitectura, el interés de la historia y la excelencia de los restaurantes, más difícil es vivir en ella con cierta serenidad. Y Barcelona, encajonada entre dos ríos, una montaña y el mar, es pequeña también en cuanto a tamaño: esto da pie a una saturación y una disputa por el espacio que es la misma en todas las ciudades afectadas por el sobreturismo. «Nunca viviría en un sitio así», titulaba un reportaje en el diario *El País* que sondeaba impresiones de visitantes al pie de la Sagrada Familia. Muchos barceloneses parece que suscriben esta opinión y emigran al campo o a ciudades cercanas.

Sin embargo, permanece un cierto encanto escudridizo. Una sensualidad impregnada de conflicto convierte Barcelona en una paradoja irresistible y

un objeto de estudio infinitamente interesante. Entra en cualquier librería local y busca la sección sobre Barcelona: habrá pilas de ensayos políticos, históricos y sociológicos, guías ocultas y biografías alternativas, réquiems por una Barcelona genuina siempre al umbral de la desaparición. Los títulos denotan miedo a una disolución definitiva, un toma y daca de amor y odio hacia la ciudad. La tildan de princesa, encantadora, prodigiosa, pero también de interrumpida, malograda, perdida.

Fue precisamente en una de estas secciones, mientras curioseaba en busca de inspiración para este libro, donde encontré el ensayo que me incitó a visitar por primera vez el templo expiatorio de Gaudí. El culpable fue una biografía fragmentaria del arquitecto que reproducía al detalle el instante de su muerte. No era nada nuevo. Todos aprendemos en la escuela que un tranvía embistió a aquel hombre cabizbajo mientras cruzaba la Gran Vía, cerca de Tetuán, y que le llevaron a un hospicio de pobres porque parecía un vagabundo. Gaudí venía de las obras de la Sagrada Familia y se dirigía a una misa en la Ciutat Vella. El libro descatalogado explicaba que, de joven, el arquitecto fue anticatólico hasta el punto de abuchear a los fieles que salían de la iglesia; pero que de viejo no solo iba a misa cada día, sino que quiso levantar un templo para expiar los pecados de la Barcelona anárquica y modernista. Esta lectura de la visión gaudiniana, exaltada y arraigada, integrista y ultramoderna, me hizo pensar en la ambivalencia que le auguraba a mi libro, y me convenció de que

dentro de su templo expiatorio —lo mismo que veía mañana, tarde y noche— me esperaba algún tipo de revelación.

Gaudí no pudo prever que los alrededores de su templo se convertirían en un mercado al aire libre de palos selfis y Bob Esponjas bailarines. Tampoco podía imaginar que vivir cerca de su templo sería una experiencia tan pedestre y radicalmente antiespiritual. Me mudé allí al final de la pandemia, embarazada de mi hija. El parón en los vuelos internacionales había dado un año de tregua al barrio, y una ganga inmobiliaria hizo que me lanzara de cabeza. Mi familia, pues, crecería a la sombra de la familia más conocida de la ciudad. No conté con que el turismo global tardaría poco en reactivarse y, con él, la emergencia de una disociación íntima en mi rutina en el barrio. Por un lado empecé a interesarme en el templo, que me acompañaba en mi día a día como un mayordomo excéntrico. Me emocioné subrayando *La visión artística y religiosa de Gaudí*, donde el filósofo Francesc Pujols asegura que la basílica es un templo helénico y compara la audacia de sus formas con las ondas de Wagner. Mientras me deleitaba con estas abstracciones, evitaba pasar cerca de la basílica, llegando a dar vueltas largas e injustificables para no tener que lidiar con la multitud. Los grupos organizados que saturaban las aceras y las tiendas de *souvenirs* con sus sevillanas y toreros tenían algo ontológicamente deprimente.

La Sagrada Familia no puede visitarse así como así. Hay que reservar entrada —38 euros para adultos,

con audioguía incluida— mediante una aplicación específica y con cierta antelación. Hasta donde pude averiguar, no hay descuento para vecinos. Pagué la entrada con resignación, consciente de que el dinero se invertiría en la construcción del templo por indicación de Gaudí; al menos podría hacer turismo recreativo sin salir del barrio. No me di cuenta de que la fecha de la visita coincidía con unas elecciones municipales. Antes de entrar en el templo, me acerqué a mi colegio electoral, que constaba de cuatro mesas en los bajos de una biblioteca municipal.

Primer obstáculo del día: no tenía claro a quién votar. Habían pasado años desde que el gobierno catalán tratara de independizarse unilateralmente de España, desde el referéndum independentista del 1 de octubre de 2017, que terminó con cargas policiales y la peor crisis territorial desde la Guerra Civil. Durante aquellos días, Barcelona —dividida en esta cuestión— se convirtió en un campo de batalla. La ciudad tuvo que mirarse al espejo y hacer frente a su escisión fundamental, su doble condición de capital catalana y ciudad regional española. Pero ahora, pocos años después, todo aquello sonaba lejano. El intento de escisión había fracasado y las campañas electorales se enfocaban de nuevo en los temas cotidianos de cualquier ciudad globalizada. Regulación del turismo, precio del alquiler, delincuencia. Con algunas particularidades: los partidos independentistas trataban de mantener la credibilidad repitiendo largas retahílas de eufemismos. Los partidarios de permanecer en España, por su parte, confiaban en ganar terreno en el

desierto político del «proceso» —el término kafkiano con que se hablaba del proceso hacia la independencia—. Unos y otros buscaban rascar votos a la alcaldesa Ada Colau, una exactivista antidesahucios que gobernaba la ciudad desde 2015.

En los colegios electorales barceloneses, las papelinan con las listas de candidatos se cogen en una mesa a la vista de todos. Esto te permite espiar discretamente las elecciones políticas de tus vecinos. Mi hija de siete meses las juzgaba desde su cochecito y yo la observaba a ella, atenta y severa a los pies de la mesa, preguntándome en qué tipo de ciudad crecería. En aquella mañana tórrida de mayo, las partes negativas saltaban como sirenas de ambulancia: la masificación turística, el precio cada vez más disparado del alquiler, la ausencia de parques frondosos, la sequía incipiente que pronto se convertiría en emergencia climática. Apenas llevaba tres años en la ciudad tras una década en el extranjero y ya había asimilado su vicio intrínseco, que consiste en verle a Barcelona solo defectos y carencias. Todo barcelonés lleva en su interior a un crítico inflexible, una especie de viejo con boina que refunfuña sobre la inaceptable deriva de su ciudad; la crítica irá en una u otra dirección dependiendo de su sensibilidad política. Cuando pasea por el Eixample, solo ve tráfico maloliente y obras eternas que dificultan la circulación (ni registra los portales modernistas); en la Ciutat Vella, se indigna con la proliferación de locales de *souvenirs* y pubs irlandeses con tufo a vómito (los edificios medievales son invisibles). «Qué asco da Barcelona», exclama dos o tres veces al día

mientras evoca con nostalgia una vida más allá de Collserola.

¿Y por qué no se largan?, puede inquirir el lector. Es algo que muchos barceloneses se preguntan a menudo. La primera respuesta es casi defensiva: es nuestra ciudad, el único lugar donde estamos en casa. Marcharse sería rendirse, vaciarla de ciudadanos y precipitar su conversión en parque temático para turistas. En un buen día, añadirá que las ventajas de vivir allí son evidentes. Barcelona tiene la medida perfecta para no ser asfixiante ni inabarcable; es fácil desplazarse por ella a pie, en bici o en diferentes modalidades de un transporte público limpio y eficiente. En un extremo tiene el mar, con unas playas adaptadas al uso recreativo; y en el otro, una cordillera donde se puede pasear o salir a correr por caminos con vistas al mar. Tiene decenas (¿centenares?) de restaurantes excelsos, algunos de estrella Michelin y renombre mundial, otros conocidos solo en sus barrios, donde la camarera te llama «cariño» y no tarda tres minutos en servirte un plato generoso de escudella. Basta con dejarle hablar un rato para ver cómo se deshace

“ La actitud crítica del barcelonés es un mecanismo de defensa, una armadura que se pone para proteger un amor que le vuelve vulnerable ”

en elogios hiperbólicos. La actitud crítica del barcelonés es un mecanismo de defensa, una armadura que se pone para proteger un amor que le vuelve vulnerable. Ama la ciudad con un celo cercano a la desesperación; y siente una angustia opresiva ante la

posibilidad de que su popularidad la convierta en un mero espejismo, un escaparate atractivo pero vacío por dentro.

Este espíritu hipercrítico me ha penetrado hasta el punto que, cuando de vez en cuando me relajo y se desactiva, es como si viera la ciudad por primera vez. Salgo a pasear un domingo cualquiera, y me sorprende la calidad de la luz de invierno entre los árboles del paseo de Sant Joan, el primer peatonalizado del Eixample, que durante el confinamiento se llenó de corredores *amateurs* y manadas de adolescentes ávidos de socializar. De repente la belleza ambiental de la ciudad emana de cada fachada, de cada baldosa decorada y de cada farola de hierro forjado. Ahora cada detalle me confirma que no existe un mejor lugar donde vivir. Los niños en los parques me hacen evocar con agradecimiento la red municipal de guarderías públicas y, de paso, la sanidad universal que nos garantiza un pediatra gratuito a diez minutos de casa. Avanzando en zigzag por un Born adormilado, me conmueve la forma en que cuelga la ropa limpia de los balcones, los acordes improvisados de guitarra que reverberan en alguna plazoleta y la familiaridad de los vecinos que se saludan en la panadería. El hecho de que sea posible sentarse junto al mercado de la Barceloneta a tomar un vermut con bravas y aceitunas antes de acercarse a la playa me resulta majestuoso, surreal. Siento que vivir aquí es un privilegio inmenso. Por unos momentos olvido por qué no bajo más a menudo a ver el mar.

¿Qué ciudad combina esta clase de lujos sensoriales con un espíritu combativo, una historia milenaria

llena de episodios refulgentes, una tradición literaria, intelectual y artística de primer orden, un nervio que nunca se domestica del todo? Ninguna, me animo en el colegio electoral mientras proyecto el futuro de mi hija. Vivirá en la mejor ciudad del mundo, trato de convencerme, la que mejor sabe combinar el calor de una ciudad pequeña y la expansividad y sensación de posibilidad de una grande. Con un poco de suerte, podré enseñarle los bares, plazas, salas de conciertos, librerías y coctelerías donde se forjó mi juventud, los portales modernistas donde besé a novios de adolescencia y las piscinas con trampolines olímpicos donde nos colábamos para nadar de madrugada. En estos momentos, el amor por Barcelona me inunda, y todos los peros cotidianos parecen insignificantes.

La euforia barcelonesa no tarda en cubrirse de una capa de angustia. El viejo con boina reaparece con su lista de agravios: *de acuerdo, las guarderías públicas están bien, ¡pero apenas cubren el 30 % de la demanda! El Born es bonito, pero ya no se puede vivir allí, ¡todo son apartamentos turísticos! ¡No vas más a menudo a la playa porque temes ser abatida por una pelota perdida de una de las trescientas pistas de voleibol que invaden la arena!* Mi viejo y yo empezamos a conocernos.

Esta mañana en el colegio electoral decido que no me iré de Barcelona. Los sueños de vida rural y suburbana se desvanecen. Mi hija crecerá en un lugar concreto, el resultado imperfecto de una historia que se alarga hasta donde llega la memoria escrita. No importa que sea más fácil encontrar esta historia en